

LA EXPERIENCIA, CRECIMIENTO Y MINISTERIO DE VIDA PARA EL CUERPO

(Sábado: primera sesión de la mañana)

Mensaje cuatro

Crecer en vida al tratar con el espíritu

Lectura bíblica: Sal. 51:10b, 12, 17a; Pr. 16:18-19; Is. 57:15; 66:1-2;
1 P. 3:4; Gá. 6:1; 1 Co. 4:21; Mt. 5:3; Lc. 9:54-56

- I. Tratar con el espíritu no significa tratar con el espíritu mismo, sino con el conducto que conecta al espíritu—Lc. 9:54-56; 1 P. 3:4:**
- A. El espíritu regenerado, la parte más profunda de nuestro ser, es puro e incontaminado; sin embargo, el alma y el cuerpo, que rodean al espíritu, se hallan mezclados con los elementos malignos de Satanás, por lo que son impuros y corruptos.
 - B. Por consiguiente, cuando el espíritu brota, y pasa a través del alma y el cuerpo, se contamina con esta impureza y corrupción; así pues, cuando el espíritu se manifiesta, exhibe cierta suciedad, corrupción, impureza, falta de decoro y muchas otras condiciones indeseables.
 - C. Por lo general juzgamos las características del espíritu por las características de las cosas que se han adherido a él; la clase de persona que somos produce la clase de características que nuestro espíritu conlleva; cuando nuestro espíritu es liberado, éste expresa los sabores y colores de nuestra propia persona; por lo tanto, la calidad de un hombre determina la calidad de espíritu que tiene.
 - D. Si una persona es orgullosa en su alma, el espíritu también se manifestará en orgullo; si una persona es iracunda en su carne, su espíritu también revelará ira.
 - E. A menudo nos encontramos con personas que tienen un espíritu de ansiedad, un espíritu de celos, un espíritu rebelde, un espíritu tosco, un espíritu deshonesto, un espíritu jactancioso, un espíritu dominante o un espíritu descortés; todos estos problemas no son problemas del espíritu mismo, sino de la influencia contaminante de los elementos indeseables del alma y del cuerpo sobre el espíritu, al pasar éste a través de ellos; podemos identificar la clase de contaminación por medio de la clase de espíritu que un hombre tenga, y la clase de espíritu que tenga revela la clase de hombre que es.
 - F. Si nuestros motivos son impuros, entonces el espíritu también será impuro al ser liberado; si nuestras intenciones no son puras, el espíritu tampoco será puro al brotar; cuando el propósito del corazón es la vanagloria, el resultado será un espíritu ostentoso y jactancioso; sus motivos competitivos, además, hacen que los demás perciban un espíritu de rivalidad y de lucha.
 - G. Cuando estemos prestos a actuar o hablar, no sólo debemos preguntarnos si lo que vamos a hacer es correcto o incorrecto, bueno o malo, sino además discernir si nuestra intención es pura, si nuestros motivos son puros y si nuestra meta es únicamente Dios.

- H. Debemos discernir si detrás de nuestra acción hay algún propósito egoísta o alguna inclinación egoísta; es de esta manera que tratamos con el espíritu.
- I. Por esta razón no sólo necesitamos que nuestra carne, el yo y la constitución natural sean quebrantados de modo que el espíritu pueda manifestarse, sino que además de ello, debemos dar el paso adicional de resolver todos los propósitos negativos del corazón, las intenciones indeseables, las inclinaciones impuras, la voluntad impropia y los sentimientos impuros hasta el final, no sólo para que el espíritu pueda manifestarse, sino también para que pueda brotar de manera recta, limpia y pura.
- J. La manera práctica de tratar con el espíritu es que condenemos toda mixtura, las desechemos por el poder del Espíritu Santo, y tomemos la iniciativa de aplicar la cruz y de crucificar los conductos que conectan al espíritu, como son nuestra carne, nuestro yo, nuestra constitución natural, nuestros propósitos de corazón, nuestras metas, intenciones, inclinaciones, motivos, etc.—Ro. 8:13; Gá. 5:24.
- K. Dios prepara todas las circunstancias y todas las cosas de nuestro entorno con el propósito de poner fin al yo y destruirlo; de este modo, gracias a la disciplina del Espíritu Santo, la calidad de nuestro espíritu será mejorada y purificada—Mt. 10:29-31; Ro. 8:28-29.
- L. Si todos los hermanos y hermanas tienen un espíritu de una calidad excelente, invaluable, pura, de peso y noble, ellos se impartirán mutuamente un suministro y la iglesia será rica—cfr. Dn. 5:12; 6:3.

II. Si queremos ser útiles en la edificación del Cuerpo de Cristo, debemos tener un espíritu apropiado:

- A. En Lucas 9 Jacobo y Juan le preguntaron al Señor si ellos debían mandar que descendiera fuego del cielo y consumiera la aldea de los samaritanos que lo habían rechazado (v. 54); pero el Señor reprendió a Jacobo y a Juan, diciendo: “Vosotros no sabéis de qué espíritu sois. El Hijo del Hombre no ha venido para destruir las vidas de los hombres, sino para salvarlas” (vs. 55-56):
 - 1. Los discípulos estaban equivocados en su espíritu porque su motivo era el odio; el espíritu del Señor era un espíritu que deseaba salvar las vidas de los hombres, no destruirlas.
 - 2. El hermano Watchman Nee dijo que una persona no sólo debe hacer lo correcto, sino además hacerlo de la manera correcta y con el espíritu correcto.
 - 3. Si queremos que nuestra conducta sea constructiva, de edificación y útil en la edificación del Cuerpo de Cristo, debemos estar bien en lo que hacemos, en la manera que lo hacemos y en nuestro espíritu; siempre que vayamos a hacer algo, debemos preguntarnos qué clase de espíritu tenemos.
- B. Un santo que busca del Señor debe ser pobre en espíritu y de corazón puro—Mt. 5:3, 8; Is. 66:2:
 - 1. Ser pobres en espíritu significa ser humilde, reconociendo que no tenemos nada, ni sabemos nada, ni podemos hacer nada, ni somos nada; aparte de Cristo como Espíritu vivificante, no somos nada—cfr. Gá. 6:3.
 - 2. Ser pobres en espíritu significa tener vacío nuestro espíritu, sin nada que nos preocupe en lo profundo de nuestro ser; ser de corazón puro está relacionado con nuestros motivos; significa tener un solo propósito, esto es,

tener como única meta hacer la voluntad de Dios para Su gloria—1 Co. 10:31.

- C. Debemos tener un espíritu firme—Sal. 51:10b:
 - 1. Un espíritu firme es un espíritu que es incommovible, inalterable, que permanece en pie como algo sólido y estable—cfr. 1 Co. 15:58.
 - 2. En su arrepentimiento y en su oración por restauración, David le pidió al Señor que renovara este espíritu dentro de él.
 - 3. Necesitamos tener un espíritu firme, que sea sólido, estable, incommovible e inalterable, de modo que nunca seamos tentados, seducidos ni engañados.
- D. Un creyente arrepentido tiene un espíritu dispuesto: “Devuélveme la alegría de Tu salvación, / y sostenme con un espíritu dispuesto”—Sal. 51:12:
 - 1. Como creyentes que somos, debemos siempre tener un espíritu dispuesto para las cosas del Señor y para las cosas de la iglesia.
 - 2. Tener un espíritu dispuesto para los intereses del Señor es algo que depende del gozo de la salvación; cuando tenemos el gozo de la salvación, espontáneamente tenemos un espíritu dispuesto a cooperar con el Señor; de este modo, tendremos un espíritu dispuesto a responder y obedecer a todo lo que el Señor quiera, todo lo que el Señor desee y todo lo que el Señor nos pida hacer.
 - 3. Cuando tenemos gozo en el Espíritu de Dios, estaremos contentos de hacer todo lo que agrada al Señor—Ro. 14:17.
- E. En Salmos 51:17a David dijo que los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado:
 - 1. Un espíritu quebrantado es un espíritu que fácilmente se arrepiente, que se aflige por cualquier pecaminosidad; en otras palabras, un espíritu quebrantado es un verdadero espíritu de arrepentimiento.
 - 2. Ser quebrantado significa no permanecer entero; significa que uno no se considera a sí mismo entero, perfecto ni completo; cuando su espíritu se arrepiente, se siente quebrantado, contrito y afligido.
- F. Necesitamos tener un espíritu manso y sosegado:
 - 1. En 1 Pedro 3:4 se nos dice que el hombre interior escondido en nuestro corazón es un espíritu manso y sosegado; Gálatas 6:1 dice que necesitamos restaurar al hermano que ha caído con un espíritu de mansedumbre; y en 1 Corintios 4:21 Pablo les preguntó a los corintios si ellos querían que él viniese a ellos con vara o con un espíritu de mansedumbre.
 - 2. “Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad”—Mt. 5:5:
 - a. Ser manso consiste en no resistir a la oposición del mundo, sino más bien sufrirla voluntariamente; la manera en que el mundo procede consiste en pelear, luchar y vencer a otros para obtener a cambio alguna posesión o herencia.
 - b. Sea cual sea la situación, debemos ser mansos, sin pelear con los demás; ser manso significa no pelear a favor de nosotros mismos.
- G. Dios desea morar con personas que tienen un espíritu contrito y humilde—Is. 57:15; 66:2; cfr. Pr. 16:18-19:

1. Si somos contritos y humildes en nuestro espíritu, ello indica que hemos sido quebrantados en nuestro espíritu, lo cual nos permite disfrutar de la presencia de Dios; Dios entonces está con nosotros e incluso mora con nosotros.
2. “Porque así dice el Alto y Sublime, / el que habita la eternidad, cuyo nombre es Santo: / Yo habitaré en la altura y la santidad, / y con el contrito y humilde de espíritu, / para reavivar el espíritu de los humildes / y para reavivar el corazón de los contritos”—Is. 57:15.
3. “Así dice Jehová: / El cielo es Mi trono, / y la tierra estrado de Mis pies. / ¿Dónde, pues, está la casa que me habréis de edificar, / y dónde está el lugar de Mi reposo? / Porque Mi mano hizo todas estas cosas, / y así todas ellas llegaron a existir, declara Jehová. / Pero miraré a aquel hombre que es pobre y / de espíritu contrito, y que tiembla ante Mi palabra”—66:1-2.
4. La morada que Dios desea tener es un grupo de personas en quienes Él pueda entrar, un grupo de personas que tienen un espíritu contrito y humilde:
 - a. Dios se ha propuesto obtener una morada en el universo que sea la mezcla de Dios y el hombre, morada en la cual Dios es edificado en el hombre y el hombre es edificado en Dios, de modo que Dios y el hombre, el hombre y Dios, puedan ser una morada mutua el uno para el otro (Jn. 14:2, 20, 23; 15:4; 1 Jn. 4:13); en el Nuevo Testamento esta morada, esta casa, es la iglesia, la cual es la habitación de Dios en el espíritu de los creyentes (Ef. 2:22).
 - b. La manifestación suprema de este edificio universal, esta casa universal, es la Nueva Jerusalén; en esta ciudad, Dios está en el hombre y lo toma como Su morada, y el hombre está en Dios y lo toma como su habitación—Ap. 21:3, 22.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

LA CALIDAD DEL ESPÍRITU

Nuestros motivos y nuestro espíritu

Watchman Nee: Hoy retomaremos donde lo dejamos el día de ayer. La segunda pregunta que el hermano Lee hizo ayer fue cómo uno puede diferenciar entre sus motivos y su espíritu. Muchos traductores de la Biblia usan la palabra *corazón* en vez de la palabra *espíritu* en Lucas 9:55. Algunos quizás piensen que el espíritu aquí se refiere a la actitud del hombre. Ellos piensan que tener un espíritu correcto es tener la actitud correcta. Sin embargo, hay una gran diferencia entre el espíritu y la actitud.

La actitud se origina en los motivos del corazón. ¿Cuál es, pues, la diferencia entre el espíritu de una persona y sus motivos? Antes de ser salvo, un hombre puede tener ciertos motivos en su corazón, pero no tiene un espíritu. Un creyente tiene motivos, y también tiene un espíritu. Es fácil que el espíritu de una persona que ha sido salva sea afectado por los motivos que están en su corazón. Hemos dicho que el espíritu de un hombre es neutral. Un joven tiene que pasar por treinta años de vida cristiana para darse cuenta de que su espíritu es neutral. Cuanto más tiempo tenga usted de cristiano, más comprenderá que su espíritu es neutral; es decir, no tiene una característica particular que lo defina. Todas sus características las toma de su propia persona. El espíritu es neutral; es como el agua pura. Cuando usted le añade diferentes cosas al agua, ella adquiere las características de los elementos que le fueron añadidos.

Supongamos que usted le añade salsa de soya al agua; en ese caso, el agua adquirirá las características de la salsa de soya. Podemos decir lo mismo respecto al espíritu humano. Diferentes personas tienen diferentes características en su espíritu. El espíritu que Dios nos ha dado es el mismo. No obstante, éste se vuelve impuro cuando es liberado debido a los motivos impuros que tenemos en nuestro corazón. Si nuestros motivos procuran algo para nuestro provecho o el beneficio de nuestro futuro y nuestros asuntos, tales motivos teñirán nuestro espíritu, y nuestro espíritu exhibirá las características de esos motivos. El Señor les dijo a los discípulos que su espíritu estaba equivocado, pues su espíritu era diferente del Suyo. El Señor no desea que nadie muera por sus pecados. El Hijo de Dios no vino para destruir, sino para salvar.

El mundo es un lugar extraño. Nadie en este mundo tiene el mismo sentimiento del Señor respecto a la vida humana. En este mundo todos tienen motivos egoístas. Suponga que usted no puede ocupar el primer puesto en su escuela. Cuando el que ha ocupado el primer puesto tiene que ir al hospital para ser operado, usted desea verlo morir. ¿Debiera ese hombre morir simplemente porque es más inteligente que usted? Cosas como éstas suceden a menudo en la política. Si un hombre no logra escalar una posición alta, preferiría ver morir a sus contrincantes. Cuando la competencia en los negocios se vuelve salvaje, algunos también desearían que los administradores de su competencia murieran. Los discípulos estaban equivocados en su espíritu porque su motivo era el odio. El Señor no les permitiría orar como ellos querían hacerlo. El espíritu del Señor no considera que nadie merezca morir. Es por ello que dijo que vino para salvar, no para destruir. Éste es el corazón del Señor; éste es Su espíritu.

Los discípulos estaban equivocados en su corazón. Es por ello que también estaban equivocados en su espíritu. Los incrédulos sólo tienen un corazón, mas no tienen espíritu. Su corazón está escondido en lo profundo de su ser; no puede hacerse manifiesto. Pero el espíritu de una persona que ha sido salva puede fluir, y su corazón puede fluir junto con su espíritu. Es posible adivinar los motivos de un incrédulo por sus palabras. Pero con respecto a un cristiano, no se trata de adivinar, pues algo muy claro y definido procede de su ser, y todos los que tienen experiencia pueden identificarlo. El corazón está escondido en una persona que no ha sido salva, pero el corazón de un cristiano fluye junto con su espíritu. Cuando el espíritu de un cristiano es liberado, otro cristiano puede percibir algo si ejercita su espíritu. Un hombre puede engañar a otros con sus palabras, pero su espíritu no podrá esconderse de la vista de una persona experimentada.

Cómo tener un espíritu apropiado

¿Cómo podemos tener un espíritu apropiado? El espíritu de un hombre tiene su propio sabor y color. Cuando nuestro espíritu es liberado, éste manifiesta los sabores y colores de nuestra propia persona. A fin de tener un espíritu apropiado, tenemos que experimentar cierta disciplina. La calidad de un hombre determina la calidad de espíritu que tiene. Cuando un hombre es regenerado, el nuevo espíritu que Dios le da es de la misma calidad que el que recibe otra persona. Si un hombre aprende poco y experimenta sólo un poco de disciplina, su espíritu permanecerá en tinieblas. Considerando sólo el aspecto doctrinal, el asunto es muy sencillo. Un hombre con una mente aguda puede repetir el contenido, tono, enseñanza y estilo de un predicador. Él mismo puede pensar que al hacer esto tiene un espíritu apropiado. Sin embargo, podemos observar algo muy interesante entre los cristianos. Ellos pueden aprender las doctrinas de otros y no cambiar en absoluto en su espíritu; al parecer estas dos cosas no se combinan. Un hermano puede ser igual a otros en sus palabras y en su tono, pero su espíritu seguirá siendo el mismo de antes. En otras palabras, no experimentará ningún progreso;

su espíritu no será más puro. Si un hombre no tiene un espíritu puro, encontrará que su espíritu es incompatible con las buenas palabras que liberan los que tienen un espíritu puro. Aunque él puede dar el mismo mensaje de otra persona, no podrá tener el mismo espíritu que ella tiene.

El Señor ha puesto en mí la carga de probar si los obreros jóvenes están calificados a fin de laborar para el Señor. La mayoría de los hermanos y hermanas piensa que al servir al Señor lo más importante es tener las enseñanzas apropiadas. Pero yo sólo presto el diez por ciento de atención al mensaje que una persona da, y el noventa por ciento de atención a su espíritu. Un hombre puede dar un mensaje lógico y, al mismo tiempo, tener un espíritu rebelde, burdo, quisquilloso, perverso, altivo o endurecido. Los incrédulos sólo pueden ser orgullosos, mas no pueden tener un espíritu altivo. Un cristiano, en cambio, puede tener un espíritu altivo. Cuando abre su boca, libera su espíritu. Si un cristiano tiene una motivación equivocada en su corazón, el espíritu que libere será el equivocado. Un joven puede orar pidiendo ser quebrantado; él puede dar un mensaje sobre el quebrantamiento, mas su persona misma puede continuar sin ser quebrantada. Es posible que un hombre se engañe a sí mismo, pero no es fácil que engañe a Dios ni a la iglesia. La iglesia puede darse cuenta en dónde se encuentra una persona por la clase de espíritu que manifiesta.

El espíritu de un hombre es el lugar donde Dios lleva a cabo Su obra y donde mora. Dios deja Su huella en el espíritu del hombre. Un hermano me escribió una vez lo siguiente: “Todos los hermanos y hermanas dicen que yo estoy equivocado. Incluso usted mismo dice que estoy equivocado. Tal parece que todos tienen la razón y que yo siempre estoy equivocado. Ya que todos ustedes dicen que estoy equivocado, simplemente diré que yo también estoy equivocado”. Estas palabras demostraban un espíritu endurecido. Después que leí esta carta, le escribí otra en la que le decía: “Cuantos más golpes usted recibe, más se endurece. Cuanto más disciplinado es, menos se somete. Sus palabras y su conducta pueden ser correctas, pero su espíritu está equivocado”. Hace unos meses, volví a ver a este hermano. Su espíritu había cambiado; él no había aprendido más doctrinas, pero la calidad de su espíritu había mejorado. Nosotros tenemos la misma oportunidad de ejercitar nuestro espíritu igual que cualquier otro hermano o hermana. Cuando alguna persona tiene mayor sabiduría, elocuencia, capacidad y don que usted, eso no significa que ella necesariamente tenga una mayor oportunidad de ejercitar su espíritu. Dios dispone todas las circunstancias y cosas con el propósito de disciplinarnos y entrenar nuestro espíritu. Por ello, tenemos que entregarnos más a la disciplina del Espíritu Santo.

Aquí es necesario hablar acerca de la disciplina del Espíritu Santo. El Espíritu Santo no está solamente en nosotros como nuestra vida; Él está ordenando nuestras circunstancias con el propósito de entrenarnos. Él sabe cuál es la clase de entorno que más nos conviene. En esto consiste la disciplina del Espíritu Santo. Cada circunstancia que nos sobreviene ha sido medida por nuestro Dios. A los incrédulos les pasan accidentes y les ocurren cosas por casualidad, pero no a un cristiano. El Señor Jesús nos dice que cada uno de los cabellos de nuestra cabeza ha sido contado por el Padre. Un pajarillo tal vez no valga mucho; si un hombre compra cuatro, le dan otro gratis. Pero sin el permiso del Padre, ninguno de ellos caería a tierra. Nosotros somos más preciosos que esos pájaros (Mt. 10:29-31). Por lo tanto, todo lo que nos acontece en nuestro entorno, incluso la caída de uno de nuestros cabellos o la caída de un pájaro a tierra, está bajo la soberanía de Dios. El propósito de estas acciones soberanas es perfeccionarnos. La disciplina diaria del Espíritu Santo cumple el propósito de disciplinar el yo y destruirlo. De este modo la calidad del espíritu mejora y es purificado. Si buscamos una vida fácil y cómoda para nosotros y rehuimos los entornos que el Espíritu ha dispuesto para nosotros, tal

vez logremos reducir nuestros problemas, pero la calidad de nuestro espíritu no será enriquecida ni purificada.

Los que tienen un espíritu empobrecido no estaban empobrecidos originalmente, pero llegaron a estarlo porque rehusaron permitir que el Señor trabajara en ellos. Si estamos dispuestos a someternos a la disciplina del Espíritu Santo, nuestro espíritu se hará fuerte y puro.

Una persona puede ser cristiana por veinte o treinta años. Incluso puede haber sido un predicador que condujo campañas de avivamiento por treinta años. Tales cosas no me impresionan en absoluto. Con respecto a algunas personas, uno no percibe ninguna cualidad noble en su espíritu. Si el espíritu de un hombre es bueno, nos sentiremos refrescados y ungidos en cuanto tenemos contacto con él. Todas las lecciones que hemos aprendido están impregnadas en nuestro espíritu. Es imposible fingir. Cuanto más intentemos fingir, más quedará al descubierto nuestra falsedad. A muchas personas les gusta fingir que son espirituales cuando están delante de mí, pues quieren mi aprobación. Una hermana en Shanghái una vez dijo que el hermano Nee nunca elogia a nadie. Ella pensaba que nadie estaba a mi nivel. En realidad, el Único que está calificado para aprobar a alguien es el Señor. Un hombre espiritual hallará la aprobación del Señor automáticamente. Pero si su espíritu está equivocado, ¿de qué sirve que yo le diga a usted que me cae bien o que lo apruebo? Algunas personas odian con todo su corazón, pero con sus labios dicen que aman. Lo que sale de su boca es amor, pero lo que sale de su espíritu es odio. Si somos personas de experiencia, percibiremos estas cosas en cuanto contactemos el espíritu de alguien. Un hombre puede fingir y engañar a otros, pero jamás podrá esconder su espíritu.

Muchas personas en sus palabras y pensamientos están bien, pero están mal en su espíritu. La calidad de nuestro espíritu la determinará el grado de disciplina del Espíritu Santo que hayamos recibido. Cuando el Espíritu Santo condena algo, nosotros debemos cooperar con Él y condenarlo igualmente. Si aceptamos la disciplina del Espíritu Santo cada día y aprendemos a disciplinar nuestro yo, avanzaremos cada día. Aunque tal vez no estemos conscientes de nuestro propio progreso, otros lo notarán. En Shanghái las personas muchas veces tocan a mi puerta y piden hablar conmigo. Cuando me ven, dicen: “Hermano Nee, ¿nota usted si ha habido algún progreso en mi espíritu?”. Los que hacen ese tipo de pregunta generalmente no han tenido ningún progreso. El progreso no es algo que podemos notar fácilmente por nosotros mismos. Los demás saben cuál es la condición de nuestro espíritu, pero nosotros no necesitamos saberlo y, de hecho, es mejor que no lo sepamos. El rostro de Moisés resplandecía, pero él no lo sabía; fueron los israelitas que notaron esto (Éx. 34:29-30). Supongamos que un hombre se mira al espejo todo el tiempo. ¿Cree usted que él notará un gran cambio a como era el día anterior? ¿Cree usted que él sabrá si ha crecido o no? Nunca he conocido a nadie que diga que sí. Ninguno debiera considerar su condición espiritual continuamente. Lo único que necesitamos es aprender tanto como podamos en nuestro espíritu.

El propósito de tener un buen espíritu

¿Cuál es el resultado de tener un espíritu valioso? Si todos los hermanos y hermanas en la iglesia tienen un espíritu puro y noble, ellos se impartirán mutuamente un suministro y la iglesia será rica.

Yo vine a ser cristiano a fines de 1919. A comienzos de 1920 conocí a una hermana, la señorita M. E. Barber, quien me brindó mucha ayuda. La ayuda no provino solamente de sus palabras. Cuando nos reuníamos, estaba con ella o dábamos un paseo, mi espíritu era nutrido. Con algunas personas, uno recibe el suministro únicamente cuando hablan; pero con

la señorita Barber era diferente. Si ella simplemente se sentaba frente a usted, usted recibía nutrimento y unción. Éste es el suministro espiritual genuino. No se trata de hacer o decir algo. Quien aprende más lecciones es aquel que tiene un mayor depósito y aquel que puede brindar a otros un mayor suministro.

SI QUEREMOS SERVIR, DEBEMOS PRIMERAMENTE APRENDER A EJERCITAR NUESTRO ESPÍRITU

Estamos aprendiendo a servir como iglesia. Por lo tanto, debemos tener sentimientos espirituales apropiados, para lo cual debemos contactar el espíritu continuamente. De lo contrario, todos los supuestos servicios que ofrezcamos a Dios no serán más que un autoengaño. Nuestro servicio a Dios debe ser el resultado de nuestra respuesta espiritual a Él. Cuando el espíritu de un hermano contacta el espíritu de otro hermano, hay una respuesta espiritual. A fin de que nuestro espíritu sea tocado, el espíritu de otros primero debe tocarnos. El gozo, lágrimas o palabras de otros no pueden tocar nuestro espíritu. Solamente un espíritu puede tocar otro espíritu. Por lo tanto, si queremos servir a Dios y recibir Su dirección, debemos abrir nuestro espíritu a Dios y tocar Su Espíritu y el espíritu de otros. Todo servicio que carece del espíritu no tiene ningún valor delante de Dios. A fin de que toda la iglesia tenga un servicio que se considere espiritual, los santos deben tener un espíritu apropiado. Cuando mi espíritu se abre y los espíritus de todos los hermanos y hermanas también se abren, y cuando todos contactamos a Dios y le servimos en nuestro espíritu, tenemos el servicio de toda la iglesia. Si servimos conforme a nuestra mente, sabiduría y sentimientos, nuestro espíritu se cerrará. El ejercicio del espíritu es de suma importancia en nuestras reuniones y nuestro servicio. Todos debemos aprender a andar conforme al espíritu.

¿Cómo sabemos si algo se hace de la manera correcta en la iglesia? Ello depende de cómo nuestro espíritu reaccione y lo juzgue. Nuestro juicio y comunión deben basarse en el espíritu, no en cuánto predominen las opiniones. Si al predicar el evangelio, nuestro hablar sólo proviene de nuestra “maravillosa” mente, únicamente tocaremos la mente de los demás; no tocaremos su espíritu. A fin de tocar el espíritu del hombre, tenemos que aprender a no usar palabras que procedan de nuestra mente. No debemos usar palabras que el espíritu no use. Si continuamos rechazando lo que el espíritu rechaza, nuestro espíritu será muy elevado.

En los días venideros, cómo juzguemos el mensaje de un colaborador, o cómo evaluemos los testimonios de los hermanos y hermanas o los sermones de los predicadores que hacen campañas evangelistas debe basarse en el espíritu de los oradores. Debemos preguntar si hay un suministro del espíritu. Una vez que un ciego recobra la vista, empieza a ejercitar las demás facultades menos y a usar más sus ojos. Lo mismo podemos afirmar con respecto a nuestro espíritu. Debemos aprender a usar más nuestro espíritu y a usar menos nuestra mente. Cuanto más usemos los órganos de nuestro cuerpo, como nuestros brazos y músculos, más fuertes nos hacemos. Lo mismo se aplica a nuestro espíritu; cuanto más lo usemos, más fortalecido será.

Permítanme decirles esto a ustedes hermanos y hermanas jóvenes: si ustedes sienten en su espíritu que algo los mueve a orar, pueden orar más. Pero si no sienten esta motivación en su espíritu, su oración debe ser corta. Podemos aprender esto si les consultamos a los hermanos y hermanas mayores siempre después que oremos. Después de aprender esto unas cuantas veces, conoceremos la verdadera condición de nuestro espíritu, y podremos orar conforme al espíritu. Cuando oramos y escuchamos muchos “amenés”, eso no necesariamente significa que estemos bien. Por supuesto, si no hay ningún “amén” debemos cuestionar nuestra oración y tratar de determinar si ésta procedía del espíritu. Una oración corta no necesariamente es

apropiada, como tampoco lo es una oración larga. Levantar mucho la voz quizás no esté bien, como tampoco lo sea guardar silencio. Si nuestras palabras y silencio no están bajo el control del Espíritu Santo, ambas son una ofensa contra el Espíritu. Los hermanos y hermanas jóvenes son inexpertos en su aprendizaje. Por lo tanto, deben aprender a ser humildes y consultar con otros. Si los santos sienten que la oración o el hablar de algún hermano está fuera de lugar, deben hacérselo ver de una manera franca. Si no le dicen nada al hermano, sino que en vez de ello “se envían telegramas” mirándose unos a otros a espaldas de él, estarán formando partidos en la iglesia.

No debemos coordinar juntos de manera superficial. Nuestro espíritu debe tener peso espiritual y ser de una calidad excelente. Que Dios tenga misericordia de nosotros, a fin de que aprendamos más lecciones de esta manera. (*The Collected Works of Watchman Nee*, t. 62, págs. 453-460)